

Excelentísimo y Reverendísimo Señor Obispo, Excelentísimas e Ilustrísimas Autoridades, Abades, Presidentes y Juntas directivas de las Cofradías y Hermandades de Semana Santa de nuestra ciudad de León, señoras y señores:

## EXORDIO

Para un sacerdote, acostumbrado a ser intérprete de la Palabra de Dios, ser pregonero de unos eventos de esta categoría es tanto como verse en la tentación de convertir este atril en un púlpito, esta sala en un templo y este pregón en un tratado apologético. Creo haber conseguido vencer la tentación. O tal vez no. Acaso el Maligno ha tenido la habilidad de llevarme a su terreno y, por trochas inexploradas, convertir el tiempo de pregón sesudo y serio, de reflexiones estéticas, de honduras metafísicas y de aires escatológicos, en un espacio volandero, de teología narrativa y de estructura dicharachera, más propia de feria de ganados o de mercado de verduras, que de foro solemne con guiones lucientes o de auditorio con terciopelos.

Por esta o similar tribuna han pasado, en años anteriores, pregoneros de singular calidad personal, que han compartido, siempre en olor de multitud, sus saberes y sus sentires y que han ofrecido variadas reflexiones sobre la Semana Santa y sobre nuestra Semana Santa. Las ofertas que nos han hecho se han enmarcado en diferentes recursos estilísticos y literarios, casi siempre propios de maestros acostumbrados a doctas y lógicas formas de pensar y de exponer.

Fatua sería mi intención, si pretendiera emularlos, aunque fuera de lejos. Por eso me van a permitir que convierta mi pregón en algo semejante a la descripción por memorizada de un imaginario retablillo, cuyas escenas o tablas van a ser recorridas por el pincel de textos escritos y verbalizados, si bien carecerán de la grandilocuencia bufa de la “literatura de cordel”, o del soniquete de los romances con que los ciegos del siglo pasado entretenían a tratantes y tratados en las aglomeraciones festivas o comerciales, o de las melodías con que el Maese Pedro de Miguel de Cervantes y de Manuel de Falla nos narró y cantó el drama del jinete don Gaiteros que rescata a su bella y amada esposa Melisendra de las garras del taimado Marsilio. Esperemos tener más suerte que el bueno de Maese Pedro que vio truncado su espectáculo y rotos sus muñecos, porque aquel Alonso Quijano el Bueno era ya el caballero andante Don Quijote de la Mancha, cuyas células cerebrales habían sido comidas por las fiebres de los libros de caballerías.

Este PREGÓN, pues, está concebido a modo de retablo menor o cartulina de ciego. En él se irán superponiendo, en las calles paralelas, diferentes motivos o escenas de nuestra Semana Santa. Los argumentos del tal retablillo no están concebidos como si de una serie se tratase. Son más bien escenas sueltas, con el único denominador común del ambiente cofradiero y enmarcadas en los días grandes en que celebramos los Misterios Pascuales de Cristo. Las seis escenas, que componen los cuerpos de nuestro retablo, a las que se añade un extraño estrambote, van a quedar expuestas a la consideración de quienes las contemplan, para que a gusto propio cada una extraiga sus propias conclusiones o moralejas, si a ellas hubiere lugar.

Conviene anticiparles que algunas de esas expresiones plásticas son pura invención y que otras, sin embargo, son estricta realidad histórica; que unas parten de un leve argumento real para convertirse en desnuda fabulación, mientras que otras arrancan de ser febril ficción, pero terminan siendo tan reales como la vida misma.

En las seis tablas la conjugación de trazos y coloridos va a ser caprichosa y variopinta; se cruzará lo sentimental con lo irónico, lo milagroso con lo prosaico, lo risueño con lo amargo, lo jocoso con lo dramático, lo vergonzante con lo ingenuo, lo histórico con lo onírico, lo denunciante con lo tierno.

Sí les garantizo una cosa, que ruego tengan muy presente. Este pregón está imaginado, acunado y escrito con mucho cariño y con mucho respeto, aunque sea con el apoyo aparente de regodearse en las tinieblas.

Nadie, pues, se dé por aludido negativamente y menos se dé por ofendido ni siquiera levemente. Será un juego literario en el que repasaremos, con punzón imaginarios, las escenas que con plasticidad y movimiento pueden ser expresión del humanismo que late en nuestra Semana Santa y de la fe que la sostiene y vitaliza. Acompañenme en este peregrinaje contemplativo, si son tan amables.

## **TABLA PRIMERA DE CÓMO CRISTO VOLVIÓ A MIRAR CON AMOR AL JOVEN RICO**

Jamás seré capaz de adivinar los extraños motivos por los que se llegó a la explosión del asociacionismo cofradiero en este León de nuestros fríos y de nuestros pecados. Desde que en 1964 se había constituido la Cofradía del Santo Cristo del Perdón al otro lado del Bernesga, en el Barrio ferroviario de la Vega, no se había vuelto a remover para nada el agua de los afanes corporativos penitenciales.

Y, de repente, en los últimos meses de 1990, veintiséis años después, se va a romper la larga tradición de acidia e inoperancia. Culturalmente estábamos en un momento de plena efervescencia de la llamada “secularización” que, entre nosotros y como consecuencia de la ley del péndulo que supuso la transición política, iba a ser inmediatamente “secularismo”, es decir, barrida de cuanto significara presencia de la dimensión religiosa en la esfera de lo público. Las Cofradías ya existentes en esa fecha, una más antiguas y otras bastante menos, llevaban una vida sin sobresaltos, con las altas y bajas propias del crecimiento vegetativo y del entusiasmo o de la frialdad de cofrades singulares. Verdaderamente toda la atmósfera ambiental estaba perfectamente dispuesta para que se cumpliera el viejo principio eclesiástico de que nada se innove, sino aquello que hemos recibido de los mayores.

Por otra parte, la juventud, depósito nutricional obligado de cualquier asociación que se precie y que pretenda sobrevivir por años término, estaba sumergida de lleno en esa corriente que los expertos llaman de “postmodernidad”, que en la calle se califica como “movida” y que tiene en el lema de “vive con el máximo de placer y el mínimo de exigencia” la máxima más identificativa. Vamos, que parecían ser todos de un moderno Nazaret del cual se podría decir lo que dijo Natanael de la aldea en la que vivió Jesucristo: “Pero, de Nazaret ¿puede salir algo bueno? (cfr. Jn 1, 46). Pues van a ver que sí.

No recuerdo la fecha exacta, pero tuvo que ser en torno a los meses de octubre o noviembre de 1990. Sólo unos meses antes había aparecido la Exhortación papal y en el Mundo, y Juan Pablo II había presidido en Santiago de Compostela la jornada Mundial de la Juventud. No tengo ningún argumento para defender estos acontecimientos citados como causa de lo que voy a decir. Más bien, todo lo contrario; es decir, que tengo datos para poder rechazar cualquier relación entre lo dicho y por decir. Pero....así son las cosas.

Estábamos con que fue en las últimas semanas de 1990. Una mañana llamaron a la puerta del despacho de la Vicaría General, en el Palacio Episcopal, dos jóvenes. Uno de ellos había sido alumno de este servidor en el tiempo de su fugaz paso por la Escuela Universitaria –entonces- del Profesorado de EGB. Traían entre manos unos papeles y un hermoso proyecto. Así me lo pareció y así era.

Hablaron de Cofradía penitencial de aires nuevos y renovadores. Hablaron de jóvenes cofrades, pertenecientes al mundo estudiantil. Hablaron de universitarios

animados a expresar su fe corporativamente. Hablaron de una asociación en la que primarían la sencillez, la devoción y el silencio. Hablaron de voluntades iniciales de erradicar de la nueva fraternidad todas las viejas malas mañas que ellos habían descubierto, experimentado y sufrido –al parecer- en las Cofradías y Hermandades ya existentes. Hablaron de los planes concretos de ocupar espacios libres en el calendario de procesiones. Hablaron de las consultas previas evacuadas con gentes de buena conciencia. Hablaron del título de la Cofradía que pensaban situar bajo la protección de la Santa Cruz, como símbolo principal de la Redención. Hablaron de la elección de emblemas y hábitos. Y hablaron de posibles estatutos y de los plazos para su aprobación.

Tengo que confesar que a la segunda mitad de los temas que ellos presentaban no les presté demasiada atención. Al fin y al cabo, era lo trillado, lo obvio, lo de siempre. Me interesé más, mucho más, por la parte primera de sus proyectos. Porque resultaban atractivos en tiempos de insolidaridad e individualismo. Porque eran expuestos por unos jóvenes que representaban un sector mayoritariamente alejado de la Iglesia. Y porque estos jóvenes provenían de un estamento que, pasados unos años, habrían de asumir, como hombres hechos y derechos y como graduados universitarios, responsabilidades importantes en el mundo de la cultura, de la política, de la empresa, de la familia, de las relaciones interhumanas.

Entré al diálogo con vehemencia. Les recordé lo que significaba ser miembros de la Iglesia y, en ella, cristianos seculares, es decir, bautizados para ser testigos en medio de las realidades civiles. Seguimos compartiendo durante un largo tiempo ideas, ilusiones, posibilidades. Me atreví a ofrecer tímidas e improvisadas sugerencias. Corregí y maticé algunas de sus intenciones y proyectos. Los animé a acelerar todos los trámites para que pudieran sacar adelante su pretensión de procesional ya en la inmediata Semana Santa. Concretamos fechas y plazos para la presentación de solicitud de aprobación. Y quedamos con el compromiso de volver a vernos en una fecha próxima y de darles a las buenas intenciones unas vueltas más.

Me despedí de aquellos excelentes muchachos con un apretón sincero de manos y con una sonrisa ilusionada. No sabría decir si ellos, en aquellos momentos, también compartían conmigo, en su fuero interno, los mismos sentimientos y las mismas esperanzas. No sabría decirlo.

Lo que sí puedo ahora hacer público es que, cuando se echaron escaleras abajo y se perdían tras el primer descansillo, me vino a la memoria, (y no sé muy bien porqué) aquel encuentro que Jesucristo tuvo con un joven rico.

## **TABLA SEGUNDA**

### **EN DONDE SE MUESTRA CÓMO LAS ABADESAS TAMBIÉN PEGAN DE BENDITA INGENUIDAD**

Son muchas las coincidencias con los protagonistas de la escena anterior. Algunas de las coincidencias son producto de la pura casualidad. Otras, no tanto. Veamos. Corrían los últimos días del mismo año del Señor de 1990. Era también un grupo de gente joven, la mayor parte hijas de “papones” de siempre, integrados en las Cofradías más antiguas. El hábito elegido era básicamente el mismo, con la excepción de los emblemas y de los colores de bocamangas, cingulos y capillos o capirotos. La sede parroquial también terminó siendo coincidente. Sólo se puede decir que cambiaban las fechas –unas semanas de retraso- y el sexo.

Ya hacía unos meses que se habían aprobado los Estatutos de la primera Cofradía integrada sólo por mujeres. La Cofradía era de Mansillas de las Mulass. Ahora tocaba a la ciudad. Por la Navidad se multiplicaron los encuentros previos de un grupo de fundadoras. La novedad (que adquiriría la condición de histórica) tenía una razón de ser: la asociación era respuesta a la poca relevancia que se concedía a las mujeres y a las dificultades que ellas encontraban para integrarse plenamente en las Cofradías de sus progenitores y hermanos.

Las nueve jóvenes matriarcas consumieron semanas de debates, de consultas, de elaboración de borradores, de búsqueda de colaboraciones y de peticiones de acogida. Porque, a pesar de sus pocos años, llevaban en las venas siglos cofradieros, no les fue muy difícil armarse de valor y de arrogancia. En casa y en la calle, en el Obispado y Allí encontraron una excelente aliada en la Madre Abadesa. Debieron tener con ella y viceversa –deduzco- largos y reiterados encuentros. No pasarían por la mesa camilla de las confidencias abaciales todo lo divino y todo lo humano. Habría sido consideraciones acerca de los significados y de los compromisos de la fe, acerca del sentido del espíritu penitencial, acerca de la importancia de la presencia juvenil en la Iglesia y en el mundo, acerca de las excelencias del asociacionismo laical, acerca de los obstáculos que habrían de sortearse, acerca de las incomprensiones de parte de padres, hermanos, compañeras, sacerdotes. No me atrevo a garantizar que en todos los campos en que se establecía el diálogo hubiera, en la intimidad de una y de otras, absoluto acuerdo. No en vano una, la vocacionada para ser hija de San Benito, calzaba y vestía la condición de abadesa, madre y hermana en el parentesco del Reino de Dios, y las demás, las vocacionadas para ser madres fundadoras de Cofradía de dulce nombre, se equipaban con el bagaje de pertenencia a sonoros apellidos cincelados en la brega secular de viejas cofradías de esta tierra.

Al parecer y por lo que uno pudo deducir, en algo sí que terminaron o estando de acuerdo o poniéndose de acuerdo. Evidentemente había de tratarse de una cuestión contra terceros, que es el mejor modo que tenemos los humanos para llegar a establecer concordancia absoluta y acuerdo total.

El enemigo, por lo visto, era el Obispado. Vamos, las gentes del mismo, porque es evidente que una persona jurídica no suele dar coces ni amagar caricias, salvo que se demuestre lo contrario o se entiendan los efluvios cordiales en sentido metafórico. No era éste el caso.

La bendita ingenuidad de la Abadesa –cuya vida y cargo Dios guarde muchos años- se enardecía en gallardía hacia el amor de Dios y la honra de su Madre María del Dulce Nombre. Tal celo, embridado –como no podía ser menos- en dulzura femenina y cofradiera, descargó con ímpetu y suavidad –les juro que entonces descubrí que podían ser perfectamente compatibles ambas cualidades- sobre las espaldas de quien entonces era el interlocutor válido para estos menesteres, es decir, sobre un servidor.

Las no muy antiguas y respectivas condiciones de discípula y profesor, las empatías mutuas en otros terrenos, la proximidad geográfica en la ciudad y lo que en lenguaje jurídico se llaman razones de oficio, llevaron a este incauto, primeramente, a demente, porque la gracia de estado de una Abadesa es un carisma de perfecta inenarrancia- algunas nítidas aclaraciones, algunas apodícticas puntualizaciones y, ante la insistencia en los mismos argumentos abaciales del discurso primero, algunas tímidas reconvenções, tocadas de escepticismo.

La bendita ingenuidad y el celo religioso de la Abadesa eran un muro infranqueable. No había más remedio que reconocer que, por los pasillos en restauración del caserón de Puerta Obispo, pululaban mecanismos perversos y estructuras de pecado que repercutían, de modo incuestionable y grave, sobre tronos,

imágenes, sedes, cofradías, hermandades, capellanes, abades, papones, itinerarios y triduos. Creo que sólo de culpabilidad en el asunto del clima pudo librarse la santa sede leonesa, vulgo Palacio Episcopal.

Reconozco que exagero y manipulo lo que realmente hubo en los diálogos abaciales-vicariales, pero “si nom é vero, é bene trovato” para los fines que pretendo.

Al dolor por los pecados suele sucederle el propósito de la enmienda. Y le sucedió con sumo gusto, porque aquí sí que estábamos de acuerdo: tan buenos vasallos (lo digo en masculino, porque el femenino “vasalla” es, aparte de inusitado, francamente malsonante) merecían un buen señor. ¡Cómo no colaborar a que la Cofradía naciente, sus madres y sus hijas –éstas por entonces aún en el terreno de lo posible- pudieran caldear guiones y corazones en la Palabra de Dios! Me ofrecí –y, para ser sincero, con agrado- a dirigirles, en su día, un Retiro que fuera como el banderazo de salida de la nueva e histórica cofradía femenina.

El tema era obligado: la dulzura y el nombre de María. Preparé con tiempo la materia de aquel Retiro. Creo que terminó por salir un conjunto de ideas más que apañaditas – hermosas y hondas diría, si no fuera faltar a la modestia- inspiradas en unos apuntes de vieja novena que glosaba los calificativos marianos de la “Salve” (“vida, dulzura y esperanza nuestra”).

Pasaron unos meses. En este tiempo se aprobaron los Estatutos, se abrieron las posibilidades de inscripción, se inscribieron casi un centenar de hermanas, se bordaron emblemas, se cortaron túnicas, se encargaron “pasos”... Por entonces entró también al trapo, con la mejor de sus voluntades, el preconizado consiliario de la Cofradía (“asistente eclesiástico” terminará por ser llamado en los Estatutos) y, por supuesto, se contaba con que seguía a pleno rendimiento el ardor apostólico de la Madre Abadesa, que hasta había dispuesto que una de las hermanas también jóvenes de la otra comunidad que era la cofradía naciente.

Todo estaba dispuesto: la convocatoria hecha, los contactos ultimados, el lugar de acogida aderezado, los compromisos firmados. Había, por fin, llegado el día.

Y allí estuvimos la Abadesa de bendita ingenuidad, el ya nombrado consiliario, la joven hermana benedictina comisionada para el acompañamiento, servidor y cuatro de las cofrades. Por supuesto que tuvimos el Retiro. Y bien tenido. Pero, probablemente, desde aquel día de la Madre Abadesa siguió siendo igual de bendita, pero menos ingenua.

## **TABLA TERCERA**

### **DE CÓMO NADA ES LO QUE PARECE O DE QUIÉN ESTARÁ MÁS CERCA DEL REINO DE DIOS**

Amanecía en la Plaza de Santa María del Camino. El grueso de la procesión había conseguido doblegar las Cuestas de Carbajalas y Castañotes, con sus ángulos molestos y sus cables flotantes. El paso de la Virgen de la Soledad, “La Dolorosa” de Víctor de los Ríos, descansaba frente a la puerta del monasterio de Santa María. Unos metros más atrás iba quien esto cuneta revestido con alba, cíngulo, estola y capa pluvial. Entre medias de “paso” y preste, estaba apelmazado un grupo bastante numeroso de muejeres, devotas, más que de la imagen de bastidor y del “paso”, del insondable misterio de dolor e impotencia que se oculta en los ojos llorosos y las manos tiernas y nerviosas de la Madre María. Aquellas mujeres –creo que en aquel momento no iba un solo varón- se habían ido incorporando a la procesión desde la Avenida de Lancia. Formaban ya un tejido humano que parecía prolongación del manto de la Dolorosa,

negro como la muerte, oscuro como el dolor, largo como la soledad, tenso como la incertidumbre.

Probablemente se había unido a aquel grupo, aprovechando la aglomeración de espectadores, papones y penitentes, en la confluencia de las calles Herreros, Escorial y Puerta Moneda. Tardé en notar su presencia. Si lo hice, fue por ese sexto sentido que hace intuir más que descubrir que algo extraño está ocurriendo en tu proximidad. Fueron varios los indicios. La detención chocante de un Seise que con el empaque propio de quien cree tener autoridad pasaba a informar al abad de las novedades de la procesión. El cuchicheo de un par de picaflores veinteañeros, que observan desde la Plaza del Grano el transcurrir de los últimos metros de la procesión con vestes de postmodernidad y ojos de haber matado más de un judío nocherniego. La mirada turbia de aquel hombre que seguía el paso de la procesión desde la indiferencia. La llamativa forma del brujuleo de los “papones” que, como reservas, hacían de puente entre el paso y el grupo de mujeres. Allí estaba, entre las demás. Destacaba por el pelo teñido de rubio, lo barroco de su peinado que le hacía sobresalir unos centímetros y un abrigo beige oscuro que indudablemente era prestado para las circunstancias. La ausencia de maquillaje de quien está acostumbrada a él era casi insultante. Había en ella suficientes vestigios como para llegar a deducir sin excesivo esfuerzo que estaba dedicada a un oficio que no resulta demasiado honorable para nuestra cultura hipócrita. Como tampoco lo era para mí mismo, que me hice la vergonzosa reflexión de que mal debía de andar el patio, cuando se permitía este escándalo en un momento tan santo.

La procesión estaba otra vez en marcha. El desnivel de la cuesta me ayudó a poder ver mejor a la mujer. Lo más original en ella era el cirio que portaba en sus manos y la forma de llevarlo. Mientras las demás mujeres llevaban velones recubiertos de plástico rojo, la suya era una vela “de las de antes”, vieja por el color amarillo oxidado, larga y torcida. Las demás arrojaban sus cirios con un pequeño cartón en forma de embudo con el cual evitaban que se derramara la cera ardiente. Ella cubría el pábilo encendido con su mano izquierda, mientras por la parte exterior de su mano derecha, la que empuñaba el cirio, corría un reguero de blancuzca y adiente cera. Su ensimismamiento me convencía de que no era el dolor de esa cera derretida el que provocaba las lágrimas que, a intermitencias, salían de sus ojos y se deslizaban lentamente por sus mejillas. ¿Por qué esa presencia tan atrevida y poco usual? ¿Qué estaba pasando en su interior? ¿Qué secretos guardaba aquel corazón, trasteado por la vida? ¿Cuál era la causa de aquellas lágrimas discretas?

De las preguntas que me iba haciendo me vino a sacar el abad de la Cofradía. Se me había acercado por la espalda tras haber sido informado por su Seise de la novedad. Me susurró al oído: “Lo siento. Le garantizo que no volverá a ocurrir”. Le dije, por cumplir, que estuviera tranquilo, que no pasaba nada, pero dentro de mí seguía bullendo el mismo juicio acerca de la absolutamente infeliz presencia de aquella mujer en una ocasión tan santa.

Jamás sabré qué fue de ella. Lo que sí sería capaz de jurar, es que, al volver el paso en el ángulo recto de lo alto, donde comienza la Cuesta de Castañón, y elevar mis ojos hacia la imagen de la Virgen de la Soledad, la Dolorosa de Víctor de los Ríos, me pareció, furtivamente, poder reconocer en ella el mismo rostro, los mismos perfiles, las mismas lágrimas de la mujer del abrigo beige.

## **TABLA CUARTA**

### **EN DONDE SE TRATA DE UN ABAD**

### **QUE, A FUER DE CORTÉS, RESULTO IMPERTINENTE**

No hay la más mínima fabulación en la peripecia. Ni la más exigua exageración. Ni una micra siquiera de resentimiento. Sólo queda la agritudura del suceso, que, al paso del tiempo, es sólo recuerdo divertido. Por otra parte, los lustros transcurridos impiden -espero- que pueda ser identificado el protagonista y que llegue a caer en infamia, con lo que se evitará que nuestro hombre caiga en la maledicencia de los próximos y en los “comentarios” que, según las buenas mujeres que se confiesan, consisten, al parecer. En ejercer en beneficio de la vecindad el oficio de carniceras –por el despellejo verbal- o de sastras –por el corte de trajes de alta confección-.

Érase, pues, uno de los días grandes de nuestra Semana Santa. Érase un momento procesional indeterminado de una hora indeterminada. Y érase una presidencia abacial, en la cola de la procesión y al completo, porque aún no habían llegado los tiempos recios, hijos según unos, de la crisis tópica de crecimiento, y, según otros, de los tufos de la rivalidad visceral. Y en ella érase este servidor, embutido en abrigo invernal, mano sobre mano, procurando, estoica e inútilmente, ajustar el ritmo de los pasos propios al cansino y acompasado avanzar de la procesión. Eran el presbítero que, unas decenas de metros por delante, portaba capa pluvial y quien esto cuenta, los únicos itinerantes que iban en la procesión a cara descubierta. Es decir, que sobrellevaban el cilicio de permitir que las gentes que contemplaban el discurrir penitencial pudiera medir el grado de unción y de devoción, o sus contrarios, en los susodichos, juzgando de ellos con fundamento por el ángulo de la mirada, por la posición de la cabeza o por el movimiento de los labios.

La procesión avanzada. Lentamente. El reloj parecía estar frenado por un extraño diablo cojuelo que se hubiera metido entre “papones” y horquetas. Pasaban los minutos frenados por alguna de las cuestas callejeras. Y a mi lado –no diré si a derecha o a izquierda para evitar pesquisas identificativas y dedos acusadores- un buen abad pensaba –debujo servidor pasado un tiempo- que uno, aún bisoño en estas lides cofradieras y todavía barnizado de la inocencia de quien se estrena, podía estar aburriéndose regiamente. “Esta cura, pudo llegar a pensar el buen abad, tan hecho como todo su gremio a darle a la hebra a tiempo y a destiempo, lleva demasiadas medias horas sometido a la tortura del silencio riguroso. Bueno será que, por mor de la cortesía tan venerada en esta ciudad de cabezadas y en estas hermandades de enhorabuena, demás palique liberador a quien nos honra con su compañía”. Pensando y hecho, fue todo uno. Y allá se va mi cortés abad, como nuevo caballero andante, vara de mando en ristre y calado el capirote a modo de yelmo, a intentar liberar mi lengua de su prisión natural, a fuer de preguntas que exigían respuesta benefactora.

Tras el discurso inicial y obligado sobre el clima (“Esta frío ¿no cree?”), pasó y tuve que pasar a compartir acerca de mis conocimientos semanaseros, de mis gustos estéticos en materia de imágenes, de mis orígenes familiares, de la salud del Sr. Obispo y hasta de la tradición de mis deslices afectativos, de mis aficiones futboleras y de la marca de ropa interior que gastaba. Todo muy digno. Todo perfectamente lógico. Todo sumamente cortés. Todo como en un discretísimo susurro. Todo sin perder la compostura ni el ritmo ni la cabeza erguida apuntando al frente. Al menos por lo que se refiere a él, a nuestro gentil abad.

Porque lo que es a servidor... Mi único problema residía en que mis respuestas, que peleaban en batalla desigual por ser escuetas y distantes, habían de ser dadas a cara descubierta, volviendo levemente la cabeza hacia los laterales de aquel capirote bajo el que procesionaba un ser humano cumplido y amable en demasía, en un tono de voz más intenso de lo normal, no sé si debido a la sensación inconsciente de dificultad que se tiene cuando uno habla hacia un rostro que no ve o si inducido por la intuición de que el locutor primero era más bien entrado en años y tal vez tapiado, al menos, de oídos.

No me impacientaba especialmente la dificultad que el insulso diálogo estaba produciendo en mi devoción interior hacia los misterios de dolor y penitencia que representaba el desfile. Lo que me incomodaba era el mal ejemplo que podía suponer, para quienes contemplaban la procesión, el hecho de que un sacerdote perfectamente identificado y, en aquel momento, cualificado, pudiera andar de jacarandaina en amor, compañía y cháchara con el anónimo y capirotebajado abad.

Los principios de urbanidad y la carencia de confianza suficiente me impidieron quebrar, tras un tiempo prudencial, aquellos conatos de intimidad, que eran cortesía para uno y broza en el zapato para otro. Nos acercábamos ya al lugar en que se habría de producir el descanso y me emplacé a que, cuando se reanudase la procesión, le espetaría a mi atento acompañante que, con todos mis respetos y agradecimientos, me dejara hacer el trayecto restante en silencio obsequioso hacia los misterios que representaban los “pasos”.

No tuve necesidad de hacer pasar por aquel bochorno a mi coloquiante compañero de andadura. Cuando se reanudó la procesión, se me colocó al lado un “papón” de la misma Cofradía que, sencillamente y antes de nada, me dijo: “El abad me ha ordenado sustituirle en la segunda parte de la procesión”.

Respiré aliviado y, con aquella avalancha de oxígeno nuevo, me fue ligero y fructuoso el trayecto segundo y último de la procesión. Sólo me sonreí en los últimos metros, cuando el nuevo y silencioso acompañante me dijo: “Don Antonio, ha venido usted muy callado”. Le respondí que sí con una leve inclinación de cabeza y pensé cuán cierto era que hay cariños que matan y cortesías que son impertinencias.

## **TABLA QUINTA DE CÓMO, BAJO LA MISMA CAPA, SE PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES O EL CUENTO DEL COBRE Y DEL OBRE**

Habían llegado con puntualidad al lugar donde se formaba la procesión de la Hermandad a la que pertenecían desde hacía unos años. Ambos tenían ya derecho a ser “braceros” y tenían su lugar asignado bajo el mismo “paso”. Este año, sin embargo, habían renunciado a ese honor y se lo habían traspasado con sumo gusto a unos amigos que llevaban meses con el antojo de “pujar”.

Habían acudido con el capirote bajado y se habían acercado a su grupo de braceros. Ya habían informado al Seise de su ausencia y de su sustitución. Antes de que la procesión se dispusiera a arrancar, aprovecharon la oportunidad para charlar un rato con los compañeros de siempre. Algunos de éstos les tomaron cariñosamente el pelo: “Anda, que madrugáis a bajar el antifaz. No dejaréis de querer ocultar algo. ¿Qué te ha pasado, Luís? Será que te habrá dado la parienta con la sartén. Y este otro cantamañanas... Mira que con la movida que se trae, nos sale ahora santurrón”. Las cosas no pasaron a más. La procesión se movía y cada uno fue a colocarse, siguiendo la costumbre, en lugar que por estatura le correspondía. Iban tras el mismo “paso”, en filas diferentes, uno a cada lado de la calle.

Ambos se echaron a andar enfrascados en sus cosas. Ambos guardaron perfecta compostura. Sólo a ambos, de vez en cuando y de forma extraña, se les iban un poco los pies fuera de la línea de su avanzar natural.

Mira que no me extrañaría que alguien nos hubiera echado el mal de ojo encima; nos teníamos bastante con haber quedado al paro, que ahora nos viene el médico con que Mercedes tiene que operarse con urgencia. Con estos tragos no tengo hoy gana



alguna de ponerme a pujar. Además que parece que, para lo que pretendo, voy mejor aquí.

**Morado me voy a poner hoy, sin ningún plomo que me quiera vender la moto. Hay que saber montarse bien el rollo, tío. Y aprovechar el tiempo, que “p’a” eso estamos. Dale a la ruleta, Enriqueta, que ahí me van a pillar a mí bajo el catafalco ese de las Angustias, que tanto le atraía al tronco que le dio por abrirse, coger la puerta y marcharse a criar malvas a Puente Castro. Vamos allá, que la cosa es fácil. “Chan, chan, chan, tranquilo. No te pongas nervioso. Tranquilo, tranquilo, májate, en tu sillón”.**

Fíjate que llevábamos unos años de toma pan y moja. Marta crecía de guapa y de sana que daba gloria verla y oírla; y mira que era como una hormiguita: no se le quedaba nada atrás. Claro que a base de codos era. Y después, su hermano, que es otra cosa un poco morugo, eso sí; como mi suegro, pero...¿qué le vamos a hacer; nadie es perfecto! Ahora que... piensa como un viejo; ya sabes cómo nos ayudó cuando se enteró de la quiebra de la empresa y olió que me iba a la calle. Morugo sí, pero un jabato.

“Si estudiar vale para poco al buscar tu colocación, si los bares los cierran pronto, porque hay que ser europe-dos, si para alquilar una casa...” ¡Ahí los tienes con qué ritmo se lo guisan! Y el del bajo, el Oscar ese, se lo monta de.... Bueno, dejemos el adjetivo; quedémonos en “madre”, que estamos en una procesión. Aunque...¿qué mas da? Aquí mando yo. ¡Sí sí, sí! Aquí están los Celtas Cortos y que se mueran los feos, que para eso los trajeron a esta superficie. Y que sea sin hijos, para que no dejen en herencia ni la feura.

Y ¿el enano? En el fondo es el que me duele. ¿Qué será de él? ¡Todavía le queda tanto para valerse por sí mismo! Y es que está muy enmadrado y mira que se lo tengo dicho a Mercedes, que déjalo que espabile; que, con eso de ser el pequeño, no va a saber ni dónde tiene la mano derecha. Pero como si chiflas. Ella siempre igual. Que si ay mi niño; que si qué sería de nosotros si no estuvieras tú; que si, mi cielo, qué te apetece para merendar, redondín, que estás como una bolina. Y claro, así pasa lo que pasa. Que este chaval no acaba de salir del cascarón. Y...¡la que se le viene encima al hombre!

Esta Sabina sí que sabe. Te las suelta que no te enteras y después resulta que el tragador de él se trae un buen trajín. Me parece que la cosa es así:”Chan, chan, chan... Hierven los clubs y los adolescentes comen pastillas de colores. Harto de malvivir el siglo veinte, muere de mal amores. Los hechiceros de la tribu resucitan para invertir en mis pecados y hacen los traficantes de estampitas su agosto en el supermercado”. Luego debe venir eso de “que no quiero que venga el destino a vengarse de mí..”. ¡Empatados, macho, empatados! Con sargentos así da gusto hacer la militronchi.

Y ahora, Dios mío, ¿por dónde voy a tirar? Mira que la vida se nos ha puesto cuesta arriba. Y fíjate, señor, que se lo decía yo a Mercedes, que esto no me da buena espina, que nos va todo demasiado bien, que cualquier día se acaba la racha y nos vemos en la calle, yo a pedir como el Arturo o tú a vender el “Transeúntes” como la Eugenia. ¡Vaya si tenía razón! Y llegó, claro que llegó. Y es que tenía que llegar. ¡Mira a ver cómo te arreglas, pero échanos una manita, anda! No te lo digo por mí, que , al fin y al cabo, un gárrulo más fuera del mundo se va a notar poco, Señor. Te lo digo por Mercedes; que no sea nada, por favor. Desde que supimos lo del médico ya te lo he dicho un montón de veces. Que no sea nada. Por ella y por la jarca que viene detrás. Te prometo que..... Pero ¿qué te voy a prometer, si ya sabes dónde se han ido mis otros y muchos compromisos del pasado? ¡Anda que estoy yo bueno para prometer nada...!

Vamos a cambiar de rollo. No es que me mole mucho este fantasmón, pero a titi le va. Y ya me tiene un poco arto este tío del “corazón partió”. No sé qué verán en él,

pero se las trae loquitas, oye. “¿Quién me va a entregar sus emociones? ¿Quién me va a pedir que nunca le abandones? ¿Quién me tapará esta noche si hace frío? ¿Quién me va a curar el corazón partió?”. Dale marcha, chaval, que eres un colega inaguantable, pero, si no me enchufó a tu efe-eme, me quedo sin estufa.” ¿Para qué me curaste cuando estaba herido, si hoy me dejas de nuevo el corazón partió?”. Mira que es plasta el Alejandrito este, pero la titi es la titi.

Fíjate que ya no sé ni cómo es el “padrenuestro” nuevo. Y eso que se lo hago repetir al enano de Rafa, pero como si me hablara en chino. A mí me sacan del perdónanos nuestras deudas y ya no sé por dónde seguir. Pero seguro que Tú me entiendes, lo diga como lo diga. A ver si acaba este matraca de los turutas y nos sueltan y me al gañote una par de cubatas, que llevo la garganta estropajil del todo. Porque de esto de la sangre de los pasos y de la cara dolorida y de los clavos en las manos y de la espalda cruzada a latigazos y de la cara de burla que le pone aquel sayón o como se llame, y de dolores sabes mucho. Mucho más que yo. ¡Dónde vas a parar! Pero ahora, ya ves ando a rastras. Y la vieja dale que te pego; que cómo vas a dejar de ir a la procesión este año; que tu padre no te lo perdonaría, que...” ¿Quién llenará de primaveras este enero? Chan, chan, chan”. Dale a tu cuerpo alegría, Macarena, alejandrito, salao. Ayúdanos, señor, que, si no, no sé qué voy a hacer. Sabes de sobra que en casa estoy haciendo de tripas corazón, pero no sé hasta dónde podré aguantar. Que no puedo, que se me acaba la paciencia, que no sé por dónde tirar, que... Bueno, a esto se le acaba la cuerda. Kaputt, macho. Mira que es “pesao” el pasito a pasito de estos mamelucos. Al que lo inventó tenían que darle puerta a él solo, sin músicas ni gaitas, a este paso y con este clima hasta el mismísimo Golfo Pérsico. “¿Quién me va a curar el corazón partió...?”.

La procesión se disolvía. Uno de los dos “papones”, sin quitarse el capirote, se movió rápido hacia la calle que quedaba a espaldas del templo donde se recogían los “pasos”. “Ángela”, dijo, mientras levantaba a quitarse el capirote. Se morrearon durante unos instantes. Después la muchacha le ayudó a quitarse los auriculares que habían unido el walkman a los oídos del papón. Éste se limitó a decir: “Tu Alejandro Sanz es un capullo”.

El otro se retiró discretamente hacia la zona ajardinada. Tampoco se quitó el capirote. No dirigió a nadie una sola palabra. Su cabeza iba doblada contra la cruz que apretaba entre las dos manos y que hundía en tierra a cada paso. “Papá, estamos aquí”, oyó que le decía el enano de Rafa. Allí estaba Mercedes, con el renacuajo que tenía ante él la bolsa de deporte. Estaba tan guapa como hacía veinte años. Ella le pasó la mano por la mejilla mientras le retiraba el capirote. A los dos les brillaba en exceso la mirada. El pequeño Rafa tiró de la túnica de su padre y le dijo: “Papá, anda, que habrás pasado mucho frío. Ponte ya los calcetines y los zapatos”.

## **TABLA SEXTA**

### **EN LA QUE SE TRATA ACERCA DE UN COFRADE QUE UNA TARDE SE PERDIÓ EN LA IGLESIA DE SAN MARCELO**

Había llegado ya con el capillo bajado. Venía de las calles próximas, con los guantes puestos y la sencilla cruz de madera repintada aferrada a su mano derecha. Se acercó a la zona donde los demás “papones” consumían los últimos minutos con sus familiares y amigos. Prefirió no mezclarse en los corrillos. Se colocó al lado de la pared del edificio que libraba al grupo del aire del norte. Apretaba la cruz con fuerza, mientras sus ojos, apenas adivinados debajo del capillo, parecían estar fijos en un punto

indeterminado de la cercana plaza. Era un hombre de estatura y de envergadura normales, que podía perfectamente pasar inadvertido dentro de un grupo humano. Acaso sólo le singularizaba ser algo cargado de hombros, como si estuviera acostumbrado a llevar pesadas cargas o tuviera el defecto de caminar mirando hacia la tierra.

Allí estaba, solo y reservado. La procesión estaba ya formándose. Cada cofrade iba ocupando el sitio al que estaba acostumbrado de años anteriores. Todo lo demás estaba perfectamente prefijado y ordenado. Sólo nuestro hombre parecía estar dudando a la hora de ocupar su lugar propio.

Un Seise se le acercó y le preguntó si sabía cuál era su sitio. El “papón” movió la cabeza de derecha a izquierda. No lo sabía. El Seise le indicó que se fuera con él. Lo llevó a su zona y le ordenó que se colocara al final de una fila corta de hermanos, que por las apariencias estaba integrada por niños y adolescentes. Allí se situó sin rechistar.

No le agradó al Seise esta especie de mutismo despectivo. A él no le iba esta docilidad excesiva. ¿Dónde vamos a ir con gente así? Se dijo a sí mismo que probablemente era bueno marcar de cerca a aquel engreído y no pasarle ni la más mínima.

La procesión estaba en marcha. Nuestro hombre seguía a quien le precedía a la distancia que la costumbre marcaba, con exactitud matemática. Su cabeza tapada por el capillo se mantenía apuntando al frente con perfección absoluta. Ni siquiera sus ojos se permitían la licencia de apartarse de la espalda del hermano que iba ante él.

El Seise pasó varias veces a su lado, observando disimuladamente la insultante compostura de aquel desconocido. Un poco más adelante se cruzó con otro Seise de su confianza, al que comentó lo que estaba ocurriendo. Éste quedó en hacer sus investigaciones. Conocía bien a los miembros de la Cofradía y no dejaría de conseguir identificar a tal creidillo. Se pasó unos minutos observando al detalle los modos de andar y comportarse del devoto “papón”, por ver si algún pormenor le abría los caminos para encontrar una respuesta. Como nada consiguió, no se le ocurrió otra cosa que acercarse al extraño personaje y, en actitud provocadora embutida en guante de terciopelo, ordenarle que se comportara adecuadamente, que guardara las distancias y que evitase cualquier gesto impropio, porque ya unos espectadores le habían hecho llegar una queja.

El hermano guardó silencio y asintió con un gesto humilde y obsequioso. Pero algo de aquel extravagante hermano comenzaba a molestar sobremanera al Seise. Ya eran dos los que coincidían en intrigarse e incomodarse a la vez por la presencia y los modos de aquel hombre que seguía recatado e irreprochablemente cumpliendo todas y cada una de las normas y costumbres de la Cofradía.

Una actitud desafiante de tal categoría no podía quedar en la impunidad. Los dos “seises” se fueron en busca del Juez de Penas, que para casos como éste estaba. Tardaron en dar con él. Cuando lo localizaron, la procesión casi tocaba a su fin. Aún tuvieron tiempo los tres de tomar buena nota de lo ultrajante del comportamiento de tal individuo, tan circunspecto él, tan desdeñoso él, tan engreído él, tan seguro de sí mismo él, tan don perfecto él.

Pero la procesión terminaba. Aquel ufano “papón” se iba a escapar sin su merecido. No pudieron ni siquiera atraparlo en algún tipo de abuso o de trapacería en el momento de hacerse con unas flores del “paso” inmediato. Sencillamente el hombre, capillo bajado, guantes puestos y cruz apretada a su mano derecha, ni se dignó acercarse al lugar de la acostumbrada refriega. Sus pasos, medrosos y ligeros, se dirigieron hacia las calles próximas. El Juez de Penas y los dos Seises tuvieron tiempo de verle desaparecer en la esquina. Les bastó una mirada y un gesto para entenderse: había que

seguirle; malo será que no hiciera una de las suyas. Además...el capillo es para lo que es; no para andar corriendo el carnaval fuera de las procesiones. Tras él salieron, rompiendo las sombras vespertinas de las callejuelas.

El hombre caminaba rápido, con sus hombros ligeramente doblados hacia delante, sin entretener ni siquiera la mirada en los que venían frente a él. Cruzó la calle de la Rúa en un santiamén y pasó frente al Ayuntamiento a toda prisa. Los tres perseguidores consiguieron a duras penas llegar a tiempo de verle entrar a la iglesia de San Marcelo, por la puerta que da la calle Legión VII, desacostumbradamente abierta en aquella hora de la tarde que se iba. “Ya es nuestro, pensaron. Ahora, por fin, va a saber este tipo quiénes somos nosotros y nosotros vamos a saber quién es él”.

Encontraron también por la misma puerta. El primero de los Seises se dirigió hacia la puerta que se abre a la calle Hospital. Estaba cerrada. Ya no tenía escapatoria. El interior de la iglesia estaba a oscuras. Sólo la luz tenue que entraba del exterior por los altos y escasos ventanales y la pequeña lámpara del Sagrario iluminaban el interior. Arrimaron la puerta por la que habían entrado para evitar que pudiera escabullirse por allí y los tres se distribuyeron por el templo. Nada quedó sin registrar: coro, confesionarios, naves laterales, sacristía, rincones...Nada. El “papón” cargado de hombros, de capillo bajado, guantes puestos y cruz apretada, no aparecía. Decididamente el individuo se había olido la tostada y había sido más listo que ellos. Había conseguido burlar aquella afanada persecución y zafarse misteriosamente con alguna ingeniosa estratagema.

Los tres inquisidores volvieron a echarse a la calle por donde habían entrado “¡Que no se espere este listillo que esto va a quedar así! Se dijeron. Como que este tío se va a salir con la suya. Porque...explicadme vosotros dónde y cómo hay que llevar la procesión! Lo que nos faltaba, que llegue este estirado a darnos lecciones a nosotros que estamos inscritos antes en la Cofradía que en el Registro Civil...Bueno, hermanos, vámonos a cerrar el día, que ya ha estado bien de mandingas y se hace tarde. ¡Ah, oye! Hasta mañana. ¡Y que sea enhorabuena!”.

En la penumbra de la iglesia, en la capilla del lateral sur, quedaba, con una sonrisa amable en la boca y en los ojos, ya sin capillo y sin guantes, aferrado a la cruz, cargado de hombros como quien está acostumbrado a llevar pesadas cargas o a caminar mirando hacia la tierra... el Cristo de los Balderas.

## **DE UNA MISTERIOSA INSCRIPCIÓN PINTADA EN EL SALIENTE DEL PEDESTAL DEL RETABLO**

En la predela de este retablillo se puede aún leer (verdad que con ciertos apuros) un texto que, por la forma de estar pintando –en la parte inferior interna del banco-, de la impresión de que alguien lo realizó con la expresa intención de que pasara inadvertido. Tal vez con este discreto modo se quiso ocultar algún suceso del pasado que podría ser causa de vilipendio o de avergonzamiento para quién sabe qué protagonistas.

Los caracteres gráficos de la leyenda son convencionales y austeros, realizados en pintura negra de la baja calidad –crespones enlutados-, como proclamando tímidamente tiempos de tensiones, de agonías y de funerales. La inscripción, que recorre todo el pedestal del retablillo de la izquierda a derecha, contiene este texto:

Vale más dar que recibir  
Vale más unir que separar  
Vale más servir a los demás que servirse de los demás

Vale más ver el lado bueno que sospechar el malo  
Vale más encender una vela que maldecir las tinieblas  
Vale más aprender que dar lecciones  
Vale más recoger que desparramar  
Vale más ceder que imponer  
Vale más amar que tener razón.

Se sospecha que estas fórmulas, lacónicas e incisivas, pueden tener su origen y su destino en algunos acontecimientos o actitudes que hoy nos resultan imposibles de identificar con exactitud precisa, dada nuestra distancia en el tiempo. Los más atrevidos investigadores las atribuyen a un anónimo presbítero, que, ante momentos de tensiones cofradieras, tal vez quiso poner bálsamo en las heridas. No consta suficientemente si lo consiguió.

## **EPÍLOGO**

Por cierto. Acaba de llegar una comunicación de la Oficina de Relaciones Exteriores del Reino del Altísimo Señor Dios Nuestro, autenticada por la firma casi ilegible de un tal Simón Pedro de Cafarnaúm. La traduzco directamente del latín: en ella se nos hace saber que la Corte Celestial acaba de declarar a la Semana Santa Leonesa de Interés Humano y Religioso en el ámbito universal.

¡QUE SEA ENHORABUENA!

León, 22 de marzo de 1999

**ANTONIO TROBAJO DÍAZ**  
Rector del Seminario Mayor de San Froilán de León